

El poder de Dios no se compra con dinero.

El peligro de acostumbrarse a la unción.

Si Eliseo continuó el ministerio de Elías, ¿qué sucedió con Giezi, el siervo de Eliseo? ¿Por qué este discípulo no alcanzó a ser como su maestro?

Giezi se había acostumbrado a la unción, a estar rodeado de lo sobrenatural. Su gran problema fue manejar las cosas con sus propias manos en lugar de honrar la palabra de Dios.

Cuando era un joven cristiano, mi pastor me aconsejó: “Si estás pensando seriamente en entrar al ministerio, ten mucho cuidado de tres cosas: las mujeres, el dinero y todo lo relacionado con el poder y el control”. Fue un aviso realmente muy útil.

Otros han llamado a estas trampas” las chicas, el oro y la gloria”. ¿Cuántas veces hemos visto personas ungidas por Dios caer porque han sucumbido ante alguna de estas tentaciones? La caída es, muchas veces, profunda, y a plena vista de todo el mundo, trayendo mucho reproche y dolor al cuerpo de Cristo.

Esta ungida renovación es un don santo y sorprendente de Dios. Para que el Espíritu Santo permanezca en nosotros debemos darle un gran valor a su presencia manifiesta. Debemos proteger la bendición del Padre, viviendo vidas santas y manteniendo nuestros ojos fijos en Jesús.

Valora la unción.

Eliseo no quería irse hasta haber recibido el manto de la unción de Elías; lo siguió constantemente; fue persistente y no se fue de la presencia del profeta hasta que recibió una doble porción de su unción (2 Reyes 2).

Eliseo valoraba en gran manera la unción.

Cuando llegó el momento de que Eliseo eligiera un ayudante, eligió a alguien muy diligente, fiel y que trabajaba duro. El nombre de este joven era Giezi.

Giezi había visto a Eliseo hacer milagros, como levantar de los muertos al hijo de la sunamita y quitar el veneno de la comida. Giezi lo había visto darle a la viuda de un profeta una provisión milagrosa de aceite (2 Ry. 4).

Giezi había visto muchas cosas sobrenaturales porque el Espíritu Santo estaba obrando en la vida de Eliseo.

Entonces llegó la prueba a la vida de Giezi. ¿Le daría un gran valor a la unción de Dios o la trataría a la ligera?

Un tiempo de prueba.

Recordemos la vida de Naamán. Fue a ver a Eliseo para ser sanado de su lepra. El profeta le dijo que se bañara siete veces en el río Jordán y que luego sería sanado. Esta fue una prueba de fe, humildad y obediencia para Naamán, y cuando finalmente obedeció, el Señor lo sanó por completo. Ahora bien, éste era un general muy rico, y volvió a ver a Eliseo para ofrecerle regalos que demostraran su gratitud (2 Ry. 5:15).

Naamán supo que el Dios de Eliseo era el único y verdadero Dios porque el poder íntimo y personal del Espíritu Santo había tocado su vida y lo había sanado de su lepra, algo que ningún otro poder, ningún otro dios, podía hacer. Por eso quería dar una ofrenda. Pero Eliseo no aceptó ningún presente, a pesar de su insistencia (v. 16).

¿No es interesante esta actitud en un hombre de Dios? La mayoría de nosotros aceptamos una ofrenda cada vez que tenemos la oportunidad de hacerlo. El reino siempre parece estar corto de fondos, y si viene un hombre rico y nos dice: “Déjeme que le dé unos cuantos miles de pesos” nos sentimos muy agradecidos y los aceptamos. Eliseo sintió que Dios lo guiaba a declinar esa ofrenda. Dios estaba probando su corazón.

Giezi también sabía lo que era estar corto de dinero. Eliseo tenía a su cargo la capacitación de los jóvenes profetas que Elías había comenzado, y tenía cientos de jóvenes dependiendo de él. Probablemente le planteaban a Giezi esta pregunta con frecuencia: “¿Cómo están las finanzas en la escuela de Jericó, o la escuela de Bet-el?”. Debe de haber sido un tema importante para él que hubiera suficientes fondos, incluyendo los necesarios para sus propias necesidades.

Si no somos cuidadosos en lo que respecta al dinero, podemos llegar a apoyarnos en nuestro propio entendimiento en lugar de depender de la persona del Espíritu Santo y la unción de Dios.

Dado que Eliseo no quería aceptar ningún regalo, Naamán se fue, tremendamente agradecido a Dios por su sanidad. Pero Giezi dijo entre sí: “He aquí mi Señor estorbó a este sirio Naamán, no tomando de su mano las cosas que había traído. Vive Jehová, que correré yo tras él y tomaré de él alguna cosa”. (v. 19-21).

¿Qué estaba pasando en el corazón de Giezi? Él quería un poco de dinero. Estaba cansado de ser pobre. Quizás pensaba comprar algunas viñas y

olivares para sí. Debe de haberse imaginado que Eliseo no se daría cuenta porque Eliseo no siempre sabía todo lo que sucedía.

Giezi se había acostumbrado a la unción, se había acostumbrado a estar rodeado de lo sobrenatural. Había visto suceder milagros; ya no le llamaban la atención. Giezi decidió manejar las cosas con sus propias manos en lugar de honrar la palabra de Dios por medio del profeta.

Naamán vio a Giezi que corría tras él, y se bajó de su carro para recibirle.

“...dijo: ¿Va todo bien? Y él dijo: Bien. Mi señor me envía a decirte: He aquí vinieron a mí en esta hora del monte de Efraín dos jóvenes de los hijos de los profetas; te ruego que les des un talento de plata, y dos vestidos nuevos” (v. 21, 22).

Un talento de plata eran aproximadamente 38 kilos, y muy posiblemente costarían miles de pesos; pero era sólo una pequeña parte del presente que Naamán había traído. Y para tener una porción de aquello, Giezi mintió.

Naamán insistió para que Giezi tomara dos talentos, lo cual éste hizo, junto con dos vestidos nuevos. Los siervos de Naamán los llevaron casi hasta llegar a la casa, y luego Giezi los tomó, los escondió en la casa, y despidió a los siervos. Luego fue a ver a su amo Eliseo, como si nada hubiera sucedido.

Todo esto le parecía bien por su codicia... y probablemente por su necesidad. Todo el futuro de Giezi estaba ahora en la cuerda floja. “Y Eliseo le dijo: ¿De dónde vienes, Giezi? Y él dijo: Tu siervo no ha ido a ninguna parte. El entonces le dijo: ¿No estaba allí también mi corazón, cuando el hombre volvió de su carro a recibirte? ¿Es tiempo de tomar plata, y de tomar vestidos, olivares, viñas, ovejas, bueyes, siervos y siervas?” (vv. 25, 26).

Todas las cosas que él deseaba: ovejas, bueyes, siervos... no era tiempo para ellas. Por eso Eliseo había dicho que no, pero Giezi cayó en la trampa. La consecuencia: “Por tanto, la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre. Y salió de delante de él leproso, blanco como la nieve” (v. 27).

¡Qué trágico! Tienen razón los que critican a las personas que ponen su propia necesidad de popularidad, gloria y sus propios planes por encima de la preciosidad de la unción. Estas cosas pueden hacer que muchos caigan, y es algo que entristece el corazón de Dios. Giezi se vio atrapado por codiciar dinero. Esta puede ser una trampa, una tentación también para nosotros.

Cuando el Espíritu Santo trae renovación, el pueblo se goza y es bendecido, y muchas veces da generosamente. Los líderes no debemos aprovecharnos de ellos. Debemos ser buenos administradores de las finanzas de Dios y fluir en amor, guiados por el Espíritu en esta área.

Verdaderas riquezas.

Cuando el Espíritu Santo imparte su unción al cuerpo de Cristo en el día de hoy, llegan las pruebas para ver si vamos a valorar la unción o no. ¿Lo trataremos como a las verdaderas riquezas y no como a alguien a quien podemos explotar? Jesús nos dice que las verdaderas riquezas son las cosas de Dios. “El que es fiel en lo poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? (Lucas 16:10-12).

Cuanto más amamos a Jesús, más debemos honrar las cosas del reino de Dios, las verdaderas riquezas (Lucas 15:11).

Dios nos contesta cuando le pedimos poder y dones para realizar nuestra tarea. Pero a medida que nuestra relación con él se vuelve más personal, más íntima, no sólo debemos decir palabras, sino andar por su camino. Debemos seguir siendo mansos y recibir las enseñanzas. En el matrimonio es importante no subestimar la intimidad. Tampoco podemos dar por descontada la unión, tratándola a la ligera.

Algunas veces los cristianos buscan el poder como “sensación del momento”. Pero no le permiten a Dios que haga su obra plena en ellos; sus vidas no cambian. Llegará el día en que habrá una rendición de cuentas ante Dios.

Responsabilidad y enseñabilidad.

Debemos manejar con responsabilidad la unción que el Señor nos está dando. Si no somos responsables, no dejamos que nos enseñen y no estamos dispuestos a ser conocidos “de corazón a corazón”, pero seguimos pidiendo más unción, nos estamos poniendo a nosotros mismos y a nuestra iglesia en un gran peligro.

Hay dos actitudes que se oponen a la unción de Dios: Apagar el Espíritu con el temor, y actuar como si todo vale en el fluir del Espíritu.

Necesitamos rendirnos cuentas unos a otros. Al hacerlo, veremos que el yugo del Señor es fácil, y ligera su carga. Valorar la unción no es algo difícil de hacer.

La unción del Espíritu Santo es dada para glorificar a Jesús y hacer venir el reino de Dios. Él nos llena de verdaderas riquezas para que podamos recibir lo que el mundo necesita desesperadamente: intimidad con Dios, con Jesús, la realidad de su presencia, y luego compartirla con los demás. No osemos utilizar la unción para ganar riquezas, gloria o credibilidad para nosotros mismos en ninguna forma. No la convirtamos en objeto de

mercado, ni la empaquetemos para venderla. Que él nos use para un propósito solamente: Que Jesús, el Hijo de Dios, sea honrado y glorificado en tu vida y en la mía.